

## POR QUÉ NO SOY MATERIALISTA\*

C. ULISES MOULINES  
Universidad Nacional  
Autónoma de México

El materialismo es una doctrina confusa. Si se cree que el materialismo es una doctrina clara, es porque afirma que sólo existe la materia y porque se supone que todo el mundo sabe lo que es la materia. Pero este supuesto es falso. Nadie *sabe* hoy día a ciencia cierta lo que es la materia. (Otra cuestión es la de que muchos *crean* saberlo.) Tampoco lo saben los físicos de partículas, los especialistas a quienes el resto de los mortales deberíamos preguntar qué es la materia. Ciertamente, si se les hacen preguntas ontológicas de este tipo, algunos físicos (los más osados) darán ciertas respuestas esotéricas acerca de “ondas de probabilidad” o de “puntos de singularidad del espacio-tiempo”, o algo por el estilo. Se trata de respuestas que la mayoría de las personas que se autotitulan materialistas no entienden; por lo demás, tales respuestas cambian de sentido cada cinco o diez años, y en ellas ni siquiera los propios especialistas están de acuerdo.

Sin embargo, el materialista lego, aunque no entiende las respuestas de los físicos, suele quedar muy satisfecho con ellas: piensa que hay al menos algunas personas en el mundo que saben lo que es la materia; y ello le basta para sostener la afirmación rotunda: “sólo existe la materia”, la cual equivale en estas circunstancias a la afirmación (ya no tan rotunda): “sólo existe algo que una pequeña minoría de especialistas sabe lo que es”.

\* Debo el estímulo para escribir este artículo a mi amigo Adolfo G. de la Sienra, quien, al preguntarse asombrado cómo alguien como yo podía no ser materialista, me indujo a poner en orden mis ideas.

El caso, no obstante, es que si el materialista lego quiere indagar más y le sigue preguntando al físico osado en qué consiste exactamente todo eso de las ondas de probabilidad, puntos de singularidad, etcétera, lo llevará pronto a una situación embarazosa, en la que el físico, si es honesto, deberá reconocer que las cosas están todavía muy embrolladas, que aún está por llegar “la” teoría plenamente satisfactoria, etcétera; y, al final, seguramente le recomendará al materialista lego que se espere todavía unos años para saber qué es la materia.

Creo que ésta es realmente la situación en la física de fundamentos hoy día. Y también creo que, dada esta situación, es por lo menos poco cauteloso ser materialista. En efecto, si uno afirma “todo es materia”, pero no tiene una idea razonablemente clara de qué es la materia, entonces se halla en una posición tan incómoda como la de alguien que afirmara “todos los que viven enfrente son ugrofineses” y no supiera qué son los ugrofineses. Una afirmación semejante en tales circunstancias sólo puede justificarse si se apela a una autoridad indiscutible (“Fulano, que puede reconocer bien a los ugrofineses, me ha dicho que enfrente sólo viven ugrofineses”.) Pero si, como en el caso de la materia, no hay tal autoridad indiscutible, o si la supuesta autoridad (los físicos) anda más bien desorientada y no se decide a pronunciarse, entonces realmente lo mejor es “callarse sobre lo que no se puede hablar”.

Claro que muchos materialistas, sobre todo si son filósofos tradicionales o activistas políticos, no se preocupan en absoluto por lo que digan o dejen de decir los físicos. Para ellos está bien claro qué es la materia: las cosas que se ven y, sobre todo, se *tocan* (y mejor si uno se da un golpe en la cabeza, como quería Lenin: entonces resulta dolorosamente claro qué es la materia).<sup>3</sup> Lo más cortés que se puede decir de esta concepción es que es sumamente ingenua: apela a las

<sup>3</sup> Es interesante que muchas doctrinas epistemológicas y ontológicas vayan ligadas esencialmente a algún sentido particular: el materialismo está vinculado al sentido táctil, como el empirismo lo está al sentido visual.

formas más burdas de los prejuicios del llamado “sentido común”. Y lo más interesante del materialismo puramente ingenuo es que, en último análisis, se acerca peligrosamente a su enemigo acérrimo, el idealismo subjetivo. Pues si sólo hay materia, y la materia es simplemente lo que se ve y se toca, entonces sólo hay lo que se ve y se toca —y nos pasamos al bando de Berkeley.

Esta deplorable defeción parece evitable si se caracteriza la materia no sólo como “lo que se ve y se toca”, sino además como “lo que está ahí afuera”, o “lo que es exterior a *mi*” o “lo que es independiente de *mi* ver y tocar”. El problema con este tipo de añadidos es darles un sentido preciso que satisfaga las intuiciones del materialista. Veo por lo menos dos callejones sin salida a estas caracterizaciones adicionales.

En primer lugar, suponen una distinción entre el “fuera” y el “dentro”, entre “lo externo” y “lo interno”, que, en último término, nos lleva a alguna forma de dualismo materia-espíritu. Si la materia es “lo externo”, “lo independiente de *mi* voluntad”, entonces, por pura lógica, es que *hay* algo “interno”, hay “*mi* voluntad” (o “la conciencia”, o “el sujeto”, o como se le quiera llamar) que no es materia. Y, entonces, en vez de caer en los brazos de Berkeley, el materialista cae en los de Descartes.

En segundo lugar, aun cuando se le pudiera dar un sentido no-dualista a la caracterización de la materia como “lo exterior” o “lo que se resiste a *mi* voluntad”, tendríamos el problema de que esa “exterioridad independiente” no tiene por qué ser “material” en ningún sentido. Mis mesas, paredes y martillos, a pesar de que puedan ocasionarme algún dolor de cabeza (o justamente por eso), podrían muy bien ser espíritus malévolos y jocosos, que existieran externa e independientemente de mí mismo. Afirmar “hay cosas externas a mí e independientes de mí” no basta para ser materialista. Podemos sustituir a Berkeley y Descartes por Leibniz.

Hay, naturalmente, un tipo de materialista más refinado

que trata de evadir los problemas del materialista ingenuo dejando de lado las cosas que se ven y se tocan y elaborando una concepción más teórica del universo. Ya no se postula que la materia es lo que se ve y se toca, sino que es lo que está “detrás” (como constructo teórico) de lo que se ve y se toca. Comúnmente, este materialismo refinado acude a una concepción atomista de la materia. La materia consiste, así, en agregados de átomos, y la tesis materialista refinada sostiene entonces que lo único que existe en el universo son átomos. Todos los objetos reales son conjuntos de átomos y las relaciones entre objetos son, en último análisis, relaciones entre átomos. No hay, entonces, diferencia ontológica entre lo externo y lo interno. El llamado “sujeto percipiente” es un conjunto de átomos que se halla en ciertas relaciones atómicas con el “objeto percibido”, el cual también es un conjunto de átomos. Y los llamados “fenómenos de la conciencia” son también, en definitiva, fenómenos atómicos. Así se sale de los callejones sin salida en que se había metido el materialista ingenuo, y además se llega a una “visión científica” del universo.

Desgraciadamente, también el materialismo atomista tiene sus problemas. Para empezar, podemos volver a hacer la pregunta insidiosa de siempre: “la materia son los átomos; muy bien, ¿y qué son los átomos?” El filósofo atomista no suele tener una respuesta clara a esta pregunta; en general, él mismo ni siquiera se la plantea. Y si uno se la plantea a él, dirá (si es honesto) que él no lo sabe muy bien, pero que sí lo saben bien los físicos. Que es como decir que uno no sabe qué son los ugrofineses, pero que hay alguien que sí lo sabe. Volvemos al problema del principio: hay que acudir a la autoridad de los especialistas. Los especialistas nos dirán que los átomos son agregados de partículas elementales; y si les preguntamos qué son las partículas elementales, nos responderán, como ya habíamos observado al principio, con explicaciones esotéricas que casi nadie (incluyendo a la inmensa mayoría de materialistas) entiende, o bien, si perseveramos, nos dirán que tampoco ellos lo saben bien. De lo cual resulta

que los materialistas atomistas están afirmando una tesis que no entienden bien —porque dada la situación actual, nadie *puede* entenderla bien.

Pero no era ésta la dificultad básica del materialismo atomista que quería subrayar ahora. El punto que ahora interesa (y que parece ser independiente de los resultados a que pueda llegar la física de partículas en el futuro) es que si se dice que la materia consiste en agregados de átomos y no se quiere admitir la visión absurda de un mundo infinitamente denso e inmóvil, entonces hay que admitir la *existencia*, además de los átomos, de otra cosa: el vacío. El vacío es la entidad por la que circulan los átomos (o las partículas elementales, los “verdaderos” átomos de la física actual), y que permite explicar cómo los átomos hacen todas las cosas que se supone que hacen. Pero, entonces, a la tesis de que todo *lo que existe* es materia, se le puede plantear en seguida la pregunta: ¿es materia el vacío? Caben dos posibles respuestas a esta pregunta:

(1) Afirmar que el vacío también es materia *por definición*; lo cual, además de chocar con nuestra intuición ordinaria de lo que hay que entender por “objeto material”, hace al concepto de materia sumamente heterogéneo y, por ende, *ad hoc*.

(2) Negar que el vacío sea materia, pero propugnar que un materialismo “bien entendido” es lo suficientemente liberal como para admitir la existencia de entes no “estrictamente” materiales, aunque “íntimamente relacionados” con los objetos materiales. O, dicho de otro modo, el materialismo liberal puede admitir la existencia de algunas entidades que, sin ser propiamente materia, “ayudan” a la materia a existir y a tener las propiedades que tiene.

Pero, entonces, si admitimos esta última respuesta, debemos estar dispuestos en principio a admitir también cualquier tipo de entidades no-materiales que nos parezcan convenientes en un momento dado para “ayudar” a la materia (los átomos) a existir: desde dioses infinitos hasta mónadas leib-

nizianas, pasando por formas platónicas y almas cristianas. Un materialismo, en verdad, muy aguado.

Se puede tratar de trivializar el problema del vacío adoptando una postura "lingüística" como tercera respuesta posible. Puede decirse que, aunque los átomos circulen *por* el vacío, el vacío "propiamente hablando" no existe, precisamente por ser vacío. Pero esta salida, aparte de ser un mero juego de palabras, tendría la consecuencia inaceptable de calificar de absurdos todos los estudios empíricos que se han hecho sobre el vacío desde la época de Torricelli y Pascal: serían estudios *sobre nada*. El hecho es que el problema del vacío es un problema real para el materialismo atomista, y ya los fundadores de esta doctrina en la Antigüedad se preocuparon mucho por él sin llegar a una solución satisfactoria.

Por lo demás, el problema se plantea en términos similares para otras entidades de cuya existencia están convencidos los físicos modernos y de las cuales no parece tener mucho sentido predicar la materialidad: campos de fuerzas, ondas electromagnéticas, acciones a distancia (al menos para la gravitación) son cosas que existen, pero que no son partículas materiales ni se reducen a agregados o movimientos de partículas materiales. Para no hablar de las oscuras entidades que pululan en la mecánica cuántica y en la física de partículas (fotones, ondas de probabilidad, anti-partículas, dipolos de vacío, agujeros negros, etcétera, etcétera), y que incluso han llevado a algunos físicos (Heisenberg, por ejemplo, poco antes de su muerte) a adelantar la posibilidad de que los constituyentes últimos del universo no sean las llamadas "partículas elementales", sino *formas* matemáticas puras, algo así como las formas ideales de Platón.

Pero podemos olvidar de momento estas profundidades abismales de los últimos gritos (¿agónicos, quizás?) de la física de partículas y quedarnos con la serie de entidades de la mecánica y la electrodinámica clásicas que no son partículas materiales, ni agregados de tales, y cuya existencia es admitida sin discusión. También podríamos añadir las entidades claramente no-materiales de la termodinámica clásica,

como la energía interna y la entropía. Algunos sostienen que se ha demostrado la materialidad de estas últimas entidades al haber “reducido” la termodinámica a la mecánica estadística. Pero aun hoy día es dudoso que tal reducción haya tenido realmente lugar con todo el rigor necesario y para todas las aplicaciones posibles de la termodinámica. El punto sigue en discusión.

Enfrentado a tales entidades, el materialista suele replicar en tono condescendiente que también caben dentro de la concepción materialista, puesto que pertenecen a la “visión científica” del mundo y su existencia ha sido suficientemente confirmada por los experimentos de los científicos. Ahora bien, esto, en verdad, no es argumento alguno para predicarles la materialidad, a menos que se defina la materia como aquello en cuya existencia cree una comunidad científica en una etapa histórica dada. Esta definición haría del materialismo una doctrina vacía de contenido —servilmente subordinada a los caprichos de la moda científica del momento. Con esta actitud, podríamos tomar cualquier cosa dentro del materialismo. En efecto, la estructura conceptual de nociones tales como las de *transmisión telepática* o *influencia astral* no es tan distinta de la de nociones como *campo electromagnético* o *acción a distancia*, respectivamente. Veo sólo dos diferencias entre ambos grupos de ejemplos. Primera, que los segundos conceptos han sido matematizados y los primeros no; segunda, que los segundos conceptos pertenecen al bagaje conceptual del hombre culto moderno y los primeros (¿todavía?) no. Pero ambas diferencias me parecen irrelevantes para la discusión presente. No siento ninguna simpatía especial hacia la parapsicología ni hacia la astrología; no obstante, puedo *imaginar* que parapsicólogos y astrólogos matematizen sus conceptos, y que éstos empiecen a aparecer en los libros de texto del bachillerato. (Todo es posible en la historia.) Si tal cosa ocurriese, me parecería un claro *non sequitur*, y además un *tour de force* vergonzante, concluir que transmisiones telepáticas e influencias astrales concuerdan perfectamente con la concepción materialista.

Naturalmente, dado el estado actual de la ciencia, un materialista consecuente rechazará tales cosas como "oscurantistas". Pero, entonces, ¿por qué admite tranquilamente la existencia de entidades tales como campos electromagnéticos y acciones a distancia, que conceptualmente se parecen más a las entidades telepáticas y astrológicas mencionadas que a los átomos? Decir que están "mejor confirmadas" no es, obviamente, una respuesta pertinente, pues no es de confirmación empírica de lo que aquí se trata, sino de materialidad o no-materialidad de principio.

La respuesta que suele intentar el materialista en este punto es que las entidades de la física, a diferencia de las entidades parapsicológicas y astrológicas, están "íntimamente vinculadas" a procesos materiales: aunque ellas mismas no sean partículas ni agregados de tales, son sus "efectos", o "propiedades emergentes" o "propiedades concomitantes", o algo por el estilo. Con lo cual, aparte de introducir una muy dudosa ontología de causas y efectos, de propiedades emergentes, etcétera, no se resuelve el problema en absoluto. Puesto que el hecho de que *A* sea el efecto o la causa o la propiedad emergente de *B*, y *B* sea una entidad material, no implica la materialidad de *A*. Un espiritualista puede sostener consistentemente que el alma es un efecto o una propiedad emergente del cuerpo y, sin embargo, quedarse con la tesis de que el alma es una entidad no-material, espiritual. Y también puede admitirse sin contradicción que "el espíritu es el término final de la evolución de la materia"; estas cosas y otras aún más extrañas se han dicho. El punto no es que parezcan extrañas a una mente esclarecida, sino que no son contradictorias y que el materialista no puede mostrar su falsedad de principio. Newton, por cierto, estaba plenamente convencido de que la gravitación y las fuerzas electromagnéticas eran efectos espirituales de una realidad espiritual, y también creía que esto era perfectamente compatible con su concepción atomista de la materia. Y sea como sea que evaluemos actualmente su convicción, lo que no podemos decir es que fuera incoherente.

Finalmente, seamos benevolentes con el materialista y admitamos la posibilidad de que puedan reducirse a materia todas las entidades materialísticamente molestas de la física clásica. Admitamos, por ejemplo, que se puedan sustituir las acciones a distancia por las interacciones de supuestas partículas elementales (los "gravitones"), que se pueda volver a una especie de teoría del éter para el campo electromagnético, y que realmente se haya mostrado sin lugar a dudas que todas las entidades termodinámicas son reducibles estrictamente a partículas en movimiento. Es más, olvidemos al enojoso vacío, a la inquietante mecánica cuántica y a la pavorosa física de altas energías. Y, para definitiva tranquilidad del materialista, supongamos fuera de toda duda que la parapsicología, la astrología y otras disciplinas semejantes quedarán eternamente en el estadio de basura intelectual (a menos que se decidan a introducir átomos en sus teorías).

Con todas estas generosas concesiones, sigue habiendo dos entidades, de cuya realidad están persuadidos todos los científicos y la mayoría de los filósofos, y que no parece de ninguna manera plausible suponer que sean reducibles a la materia: espacio y tiempo, o, si se prefiere, la entidad compleja espacio-tiempo. Puntos espaciales e instantes temporales (o su contrapartida minkowskiana, los puntos-universo) son entidades cuya existencia conviene admitir para una visión adecuada del mundo. Por otro lado, me parece absurdo decir que los puntos y los instantes son objetos materiales o agregados de tales. Esto sólo podría decirse estirando tanto el concepto de materia que en él cupiera cualquier cosa imaginable.

La única salida que se vislumbra en este asunto para el materialista es una posible interpretación de la teoría de la relatividad generalizada, según la cual el espacio-tiempo y la materia se confunden en un todo indistinguible cuasi-parmenídeo. Pero en esa fusión es más bien la materia la que sale perdiendo y el espacio-tiempo (la geometría) quien sale ganando. Y por otro lado tal interpretación de la relatividad

generalizada, además de chocar con el corpus generalmente reconocido de la física actual, está lejos de haber sido confirmada cabalmente, y más lejos aún está la comprensión plena de sus consecuencias ontológicas y epistemológicas. Admito que este materialismo geométrico es el más coherente que puedo imaginar en este momento (más coherente, por supuesto, que el materialismo atomista); lo que creo es que nadie o casi nadie tiene actualmente una idea clara acerca de sus consecuencias para nuestra concepción del mundo. Por lo menos, yo no la tengo, y tampoco la tienen mis amigos materialistas. Y, en realidad, la materia de esta última forma de materialismo sería una entidad tan sumamente abstracta que difícilmente podría provocar el entusiasmo de nuestros materialistas cotidianos. Por supuesto, nadie piensa en esta materia puramente geométrica cuando polemiza con los anti-materialistas.

Las dificultades del materialismo expuestas hasta aquí me parecen muy graves para alguien que quiera sostener el materialismo con honestidad intelectual. Ello no implica que las considere por principio insalvables. El caso es simplemente que la doctrina me parece tan problemática que considero filosóficamente prudente abstenerse de comulgar con ella, al menos en la situación actual.

Creo que la dificultad radical del materialismo es, en último término, la misma que la de cualquier concepción monolítica del universo que no quiera ser vacuamente verdadera. Si pretendemos que todas las cosas que existen pertenecen a una misma categoría determinada, o sea, si pretendemos que todo  $x$  es  $P$ , entonces debemos dar cierta caracterización no-vacua del predicado  $P$ , a base de condiciones empíricas que sean al menos un poco restrictivas (que no las pueda cumplir cualquier cosa imaginable). Si no se cumple este requisito, afirmar "todo  $x$  es  $P$ " es no afirmar nada, ya que  $P$  puede ser entendido a gusto de cada quien. Ahora bien, es difícil imaginar que pueda determinarse satisfactoriamente un predicado tal que convenga por igual a todas las cosas que existen. No hay por qué suponer que la

realidad satisface nuestros deseos de supersimplificación conceptual. Tal como están las cosas, me parece *a priori* más sensato suponer lo contrario: que la realidad es heterogénea en vez de homogénea, y que hay de todo en la viña del Señor. No hay por qué suponer que podamos meter todas las cosas en el mismo saco, a menos que se trate de un saco sin fondo, es decir, un pseudo-saco.

Permítaseme terminar con una confesión personal. Las líneas anteriores podrían hacer creer que soy un adversario encanado del materialismo filosófico. Esta creencia podría dar lugar a dos reacciones posibles (que pueden darse juntas). Si uno se adscribe al dogma filosófico según el cual si alguien no es materialista, entonces debe ser forzosamente idealista, concluirá de ahí que soy un idealista recalcitrante. No creo que valga la pena detenerse a discutir esta burda dicotomía a lo blanco-o-negro, que manda al infierno idealista a todos los que no quieren (o no pueden) entrar al cielo materialista. Me limito a observar que encontrarle graves dificultades al materialismo no implica que para mí el idealismo sea la gran cosa. (El idealismo es, a mi entender —¿hace falta decirlo?—, una doctrina aún más confusa e implausible que el materialismo.)

Otra reacción posible, y mucho más respetable, es la que proviene de cierta actitud vital frente al mundo. Muchas personas que se autoconsideran materialistas, asumen esta concepción más como una actitud vital que como una doctrina filosófica técnica. Estas personas podrían pensar que, puesto que no me adscribo al materialismo, mi actitud vital es exactamente la opuesta. Nada de eso. La actitud vital del materialista (al menos la del materialista de mente abierta) me parece más valiosa humanamente que la de la mayoría de sus contrincantes habituales. El materialista suele ser anti-oscuroantista, anti-místico, anti-religioso, anti-romántico, y en general, anti-cuentos-de-hadas. Todos éstos son “antis” con los que mi temperamento filosófico simpatiza plenamente. Sin embargo, una cosa es el temperamento y las simpatías

personales, y otra muy distinta las conclusiones que hay que sacar de un análisis conceptual correcto. Éste debe ser despiadado, ante todo, con la idiosincrasia de uno mismo.

## SUMMARY

The main thesis of this article is that materialism, in spite of much talk about it, is not a clear and safe philosophical doctrine to maintain, unless it is understood in such a broad sense that *anything* can be compatible with it. Materialism is defined as the doctrine asserting that only matter, and nothing else, exists.

It is argued, however, that given the present state of particle physics, nobody can honestly assert that he knows what matter is—not even high-energy physicists. So, one is led to the result that materialism asserts that only one empirical property of things is real (namely, to be material); but since this property is unknown, this is the same as asserting nothing.

Furthermore, common sense versions of materialism are criticized for being inconsistent. They lead either to subjective idealism or to dualism.

A more “scientifically-minded” brand of materialism, namely atomistic materialism, is also very problematic. It is simply untrue that only atoms exist, since even in classical physics one has to admit the existence of other sorts of entities, like the vacuum, fields, actions at distance, and thermodynamic entities, which are clearly non-material, unless one identifies every possible entity of empirical science as matter by definition, which would make materialism a totally void doctrine. The situation appears to be even worse for atomistic materialism in quantum physics and high-energy physics. Furthermore, in any conceivable framework for physical theory, one has to admit the existence of points and instants (or, alternatively, of world-points); it would be a *tour de force* to define them as “material entities”.

The only coherent possibility for materialism seems to be to identify matter with geometry, as in the general theory of relativity. But the ontological and epistemological consequences of this identification do not seem to be in accordance with the intuitions of the normal materialists.

Finally, a general statement is made against every kind of monistic doctrine (not only materialism). Given our present-day knowledge of nature, it is highly implausible that a single empirical (meaningful) predicate applies to everything in the world. A pluralistic view of the universe seems to be safer.

(Summary by C. Ulises Moulines)